


¡VIVAN JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA!



NOVENA
consagrada á honrar
AL INCOMPARABLE PATRIARCA
SAN JOSÉ
PATRÓN DE LA IGLESIA UNIVERSAL

para alcanzar de tan poderoso Abogado remedio
en todas las necesidades de la vida y una feliz muerte

POR

D. Enrique de Ossó, Pbro.

DIRECTOR DE LA REVISTA TERESIANA

Va añadido al final

EL EJERCICIO DE LOS SIETE DOMINGOS

Querría ver á todo el mundo
devoto de mi señor y padre
San José, por la gran expe-
riencia que tengo de los bienes
que alcanza de Dios.

San José socorre en toda
necesidad.

Pruébelo quien no lo cre-
yere.

Sta. Teresa de Jesús.

CON APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

BARCELONA
TIPOGRAFÍA TERESIANA, Calle de Elisabets, 11
1893

¡VIVAN JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA!

NOVÍSIMA NOVENA

consagrada a honrar

AL INCOMPARABLE PATRIARCA

SAN JOSÉ

PATRÓN DE LA IGLESIA UNIVERSAL

**para alcanzar de tan poderoso abogado remedio
en todas las necesidades de la vida y una feliz muerte**

POR

D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO.

DIRECTOR DE LA REVISTA TERESIANA

Va añadido al final

EL EJERCICIO DE LOS SIETE DOMINGOS

Querría ver a todo el mundo devoto de mi señor
y padre san José, por la gran experiencia que
tengo de los bienes que alcanza de Dios.

San José socorre en toda necesidad.

Pruébelo quien no lo creyere.

Sta. Teresa de Jesús.

CON APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

BARCELONA

**Tipografía Teresiana, Calle de Elisabets, 11
1893**

El Ilmo. Sr. Obispo de Tortosa doctor D. Benito Vilamitjana concedió en la forma ordinaria 40 días de indulgencia por cada acto de esta nueva novena.

Tercera edición

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA
A LA MÁS ESCLARECIDA Y APASIONADA DEVOTA DE SAN JOSÉ
SANTA TERESA DE JESÚS

¿A quién sino a ti, querida Madre mía, debo consagrar este pequeño libro? ¿Qué nombre debe esmaltar la primera página de este tributo de gratitud, consagrado al más grande de los santos después del Hijo del hombre, sino el tuyo, el más esclarecido de todas las mujeres, después de la Madre de Dios?

Acéptalo, pues, y preséntalo con tus manos benditas a mi bondadoso padre y señor san José, recordando al Santo sin igual, objeto suavísimo de nuestros amores, que se lo ofrezco como pequeña muestra de reconocimiento a los numerosísimos y especiales favores que de su bondad tengo recibidos. En retorno ruégale me alcance una santa muerte, y no consienta haya, mientras viva en este valle de quebrantos, quien me gane en conocer y amar, en hacer conocer y amar a Jesús, María, José y Teresa de Jesús.

Enrique de Ossó

Santo desierto de Cardó, 5 de septiembre de 1892

AL DEVOTO JOSEFINO

Ahí tienes, devoto josefino, un librito nuevo, más en la forma que en el fondo, para obsequiar al incomparable patriarca san José durante nueve días.

Aunque amo con filial y apasionado cariño a mi verdadero padre y señor san José, ¿qué podría decirte en su alabanza que no sepas tú, o no hayan dicho tantas almas enamoradas del Santo? Mi trabajo, pues, se ha reducido en gran parte a coger del jardín de las flores del santo patriarca las que me han parecido recrearán mejor tu alma, y te esforzarán a profesarle singular confianza y amor.

Me ha movido a emprender este pequeño trabajo el deseo de contribuir con mi cornadillo a extender la devoción del patrón de la Iglesia universal, y el observar que no hay una novena completa para obsequiarle, pues todas las que han venido a mis manos solo constan de algunas oraciones más o menos bien expresadas. Dolíame el ver que el maestro de oración por excelencia, como le llama nuestra ilustre española santa Teresa de Jesús, no tenía una novena que enseñase prácticamente esta ciencia de los santos. A llenar, pues, este vacío, se dirige mi modesto ensayo. Y como el recuerdo de los beneficios recibidos mueve nuestro corazón a confianza, todos los días, después de la meditación, hallarás un ejemplo que te animará a esperarlo todo de tan gran protector. Quiero recordarte los bienes espirituales que dispensa san José a los que le profesan particular devoción, para que seas uno de ellos.

Los devotos de san José son de un modo especial favorecidos del Santo: 1º. Con el espíritu de oración. 2º. Con el don de castidad. 3º. Con auxilios extraordinarios para salir del pecado y ahuyentar a los demonios. 4º. Con una devoción tiernísima a María Inmaculada. 5º. Con la mayor de todas las gracias, esto es, con una dulce agonía y santa muerte. Los bienes temporales que dispensa el Santo a sus devotos, no los particularizo por ser de menos importancia y porque casi sería hacer deshonor al Santo importunarle mucho con ese fin. Pues como advierte su más esclarecida hija Teresa de Jesús, vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí; y ¿qué emperador podrá jamás tan poderoso como san José, que tenía bajo sus órdenes al emperador y emperatriz de cielos y tierra? ¿Y no tienen menos precio que un maravedí todos los bienes caducos del mundo, comparados con los de la gracia?

No digo esto, lector mío, para retraerte de pedir al Santo estos bienes temporales si convienen a mayor gloria de Dios y bien de tu alma; que si es así, te los concederá, no lo dudes, el Santo bendito; sino con el fin de recordarte que no hagas gran hincapié en ellos, y nunca los pidas sin pretender otra gracia espiritual, sobre todo una santa muerte. No te enoje este recuerdo, porque atendido nuestro flaco natural, que nos vamos a lo que presente vemos, y por lo común no apreciamos las cosas según las luces de la fe, sucede ordinariamente que *solamente* se hacen novenas y se importuna a nuestro bondadoso san José con el fin único de alcanzar bienes pasajeros, tales dice san Agustín, que Dios los concede muchas veces airado, y no los concediera estando placentero.

Una palabra y concluyo. Como deseo que con esta novena alcances del Santo sin igual todo lo que le pidas, te encargo sobremanera, devoto josefino, observes con puntualidad las siguientes advertencias: 1ª. Como Dios ha prometido hacer la voluntad de los que le temen y oír sus súplicas, menester es tengas limpia conciencia y salgan las oraciones de un corazón puro, confesándote y comulgando a este fin al empezar la novena y al concluirla. 2ª. Como la oración verdadera se ha de ayudar con mortificación, pues regalo y oración no se compadecen, según la seráfica Doctora santa Teresa de Jesús, haz durante estos días algún ayuno o mortificación, limosna o alguna obra de caridad. 3ª. Oye Misa todos los días y visita alguna imagen del Santo si te es posible; procura mayor retiro y recogimiento, ofreciendo al divino Jesús por intercesión de san José con gran pureza de intención todas las obras y sufrimientos de cada día.

Si así lo haces, devoto de san José, si fielmente observas estas advertencias durante la novena, ten por seguro que recibirás la gracia que a mayor gloria de Dios solicitas por intercesión del excelso patriarca san José, el más amable, bondadoso y poderoso de todos los santos del cielo. No lo digo yo, lo dice la incomparable Doctora de la Iglesia y más ilustre devota del Santo, que no miente ni exagera, santa Teresa de Jesús. Nosotros solo añadimos en confirmación: Pruébelo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia.

Por caridad pide a los devotos josefinos una súplica al Santo de nuestro corazón san José.

Cardó, miércoles 7 de septiembre de 1892

EJERCICIOS DE ESTA SANTA NOVENA

Todos los días se empieza con la señal de la santa cruz, etc; y las siguientes oraciones;

Oración a la Beatísima Trinidad

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón, y me pesa de haberos ofendido por ser bondad infinita; os doy gracias infinitas por haber honrado sobre todos los santos al glorioso patriarca san José con la dignidad incomparable de padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios, y esposo verdadero de María, Madre de Dios. Dadme abundante gracia para honrarle dignamente en este día, y merecer su protección en vida y en la hora de la muerte, y conseguir el favor especial que solicito en esta novena. Y si mis culpas, oh Dios de amor, impiden el recibir estas gracias, ya las detesto con toda mi alma por ser ofensas de vuestra infinita bondad, y propongo de todas veras nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones peligrosas y hacer una buena confesión de todos mis pecados con la ayuda de vuestra gracia e intercesión de María y san José. Amén.

Oración a san José

Santísimo patriarca san José, padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, el más amado y amante de Dios y de los hombres, a vos elijo desde hoy por mi verdadero padre y señor en todo peligro y necesidad, a imitación de vuestra querida hija y apasionada devota santa Teresa de Jesús. Descubrid a mi alma todos los encantos y perfecciones de vuestro paternal corazón; mostradme todas sus amarguras para compadeceros, su santidad para imitaros, su amor para corresponderos agradecido. Enseñadme oración, vos que sois maestro de tan soberana virtud, y alcanzadme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, la gracia de vivir y morir santamente y la que os pido en esta novena a mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

Día primero

Meditación

Confianza ilimitada en el poder y bondad de san José

Punto primero. San José puede socorrernos en toda necesidad. A san José ha dado el eterno Padre todo poder en el cielo y en la tierra al constituirle ayo y padre adoptivo de su divino Hijo, y esposo verdadero de la Madre de Dios. Él tiene cierta jurisdicción

sobre Jesús y María, que le estuvieron sujetos. Nada les negó san José en la tierra, nada pueden negarle en el cielo. Las súplicas de san José tienen para el corazón agradecidísimo de María y Jesús fuerza de mandatos... En gracia y gloria san José aventaja a todos los ángeles y santos. Sentado a la diestra de su virginal esposa María, debe ser honrado con el mayor culto que puede darse a un comprensor. Virgen y confesor, profeta y patriarca, mártir por sus dolores, embajador de la Iglesia y de la sinagoga, san José llevaba en sus manos el evangelio y la antigua ley, y encargado de los deberes del universo para con su Dios, ofrecía al Rey inmortal de todos los siglos los homenajes de adoración de todos los tiempos y de todos los hombres... ¡Oh!, ¡qué gran santo es san José! Superior a los mismos ángeles, ocupó en la tierra el lugar de Dios: el de Dios Padre por ser padre adoptivo de Jesús; el de Dios Espíritu Santo como esposo de María, y aún el de Dios Hijo, porque todas las leyes reputan al hijo una misma cosa con su padre. ¿Quién, pues, no tendrá confianza ilimitada en el poder de san José?

Punto segundo. San José quiere socorrernos en toda necesidad. El amor a los hombres en el corazón de los santos es a proporción del que tienen a Dios. ¿Y qué santo amó más a Dios que san José? Las pruebas del verdadero amor son las obras. Y ¿qué hizo san José para su Jesús? ¡Cuántas congojas, cuántas vigiliadas, cuántas privaciones y trabajos no pasó san José! Nazaret, Belén, Egipto, Jerusalén... basta recordar estos nombres para convencerse del finísimo amor de san José a su Dios... Pues con ese mismo amor ama a los hombres todos, causa con sus pecados de pruebas tan rudas de amor. Yo soy José, pareceme decir este excelso patriarca al alma su devota al descubrirle su poder y gloria: yo soy José, no temas: cobra ánimo y ten confianza; pues tanto poder y grandeza tanta se me ha dado para favorecerte. ¡Pobrecilla alma pecadora! ven a mí, arrójate con confianza ilimitada en los brazos de mi protección. ¿Eres huérfana? Yo seré tu padre. ¿Andas divagando sin tener fijos tus deseos? Yo seré tu guía. ¿Estás triste?, ¿gimes?, ¿lloras? Yo seré tu consolador... Yo soy José, el guardián de los tesoros del Rey del cielo, el dispensador de todas sus gracias, el ángel de su consejo, su vicegerente, otro Dios sobre la tierra. Y todo esto por ti, para tu bien... ¡Pobrecilla y débil criatura! No desmayes; invócame con confianza: yo soy José, que puedo y quiero salvarte en todas tus necesidades... ¿Desconfiarás aún de las bondades de san José, oh devoto del Santo? ¿Temerás acudir a él en demanda de socorro? ¡Menester sería desconocer su paternal bondad!

Punto tercero. San José debe socorrer a sus devotos en toda necesidad. El gran poder y dignidad que posee este glorioso santo, no se lo ha dado el Señor para su propio provecho, sino para que lo emplee en nuestra salvación. Por nuestra salud y la de todo el pueblo cristiano constituyéndole Dios príncipe de todo su reino y señor de su casa y de todos sus tesoros. San José es como el padre y provisor común de todos los fieles, porque el eterno Padre, al elegirle para hacer sus veces con su divino Hijo, quiso que fuese así mismo padre de los hermanos adoptivos del divino Jesús. Así, pues, como san José estaba obligado por su oficio a socorrer al Hijo unigénito de Dios Padre, así lo está también a atender a las necesidades de sus hijos adoptivos. Su corazón paternal no puede desoír los clamores de sus hijos que claman a él en la necesidad. La conservación de su buen nombre obliga suavemente al Santo a socorrernos. Si alguno pidiese un favor con confianza a san José, y fuese por él desatendido, ¿no es verdad

que podríamos argüirle diciéndole?, ¡Oh excelso patriarca!, ¿Qué se ha hecho de vuestro celebrado poder y bondad? ¿Cómo quedan tantos santos y amigos vuestros, en especial la Doctora seráfica de la Iglesia, Teresa de Jesús, que aseguran no haberos pedido cosa que la hayáis dejado de hacer?

Luego, pues, poderoso y bondadoso san José, estáis dulcemente obligado a alcanzarme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, el favor que os pido a mayor gloria de Dios. No merezco, lo reconozco, por mis pecados ser oído del Señor; pero lo merecéis vos, santo mío. A todos concedéis lo que os piden; ¿acaso será yo el primero en experimentar vuestro desvío y desdén? ¡Ah! no lo espero de vuestra reconocida piedad. Amén.

Ejemplo

Nadie ha profesado mayor devoción al glorioso san José que santa Teresa de Jesús, tanto que no sé si podría apellidarse Teresa de José con la misma justicia que Teresa de Jesús; así es que tampoco podemos encontrar persona más favorecida por el Santo.

“Tomé por abogado y señor al glorioso san José, nos dice la seráfica Doctora, y encomendeme mucho a él; vi claro que este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir en *todas mis necesidades. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.* Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo. Cada año en su día le pido alguna cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza”.

Con estas saludables máximas y otras no menos importantes explica Teresa de Jesús lo mucho que se vio favorecida por su padre y señor san José.

Allí en sus juveniles años sufrió Teresa de Jesús una penosa enfermedad, y viéndose tullida y cual la habían parado los médicos de la tierra, como ella nos dice en su *Vida*, determinó acudir a los del cielo para que la curasen, y después de haberse encomendado al patriarca san José, pudo levantarse y andar, y no estar tullida.

Otra de las gracias, quizá la más singular que obtuvo, fue asegurarle el Señor en la vigilia de la fiesta de san José del año 1579, cuando muchos se alegraban por ver que la Reforma de Teresa estaba a punto de ser deshecha, que Dios había confirmado su obra en el cielo por ruegos de su padre y señor san José.

En todos sus apuros y falta de recursos para sus fundaciones acudía a san José, y él le proporcionaba cuanto necesitaba para cubrir sus deudas y remediar sus necesidades.

En la fundación de Burgos no hallaban casa, ni había esperanza de hallarse para hacer el convento. Pedía la Santa con sus hijas a su protector y padre san José, que tuviesen casa propia para el día de su fiesta, y el Santo les proporcionó una, de la que quedó muy satisfecha la animosa fundadora. Encomendándolo a Dios por parecer a alguno muy cara, aunque la Santa hallábala barata, díjole el Señor: “Teresa, ¿en dineros te detienes?” Con esto se cerró la venta, y con no haber esperanza por la mañana, ni señal de hallar casa, tuviéronla por todo el día, merced a las oraciones de san José.

Muchísimos fueron los favores que el santo patriarca dispensó a su devotísima hija Teresa, llamada con toda verdad la benjamina y secretaria de san José, y que por temor de ser molestos no referimos aquí.

Concluiremos este ejemplo con el saludable consejo de la Santa, que todos deberíamos practicar: “Solo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción”.

Oración final para todos los días

Acordaos, oh santísimo esposo de la Virgen María, dulce abogado mío, san José, que jamás se ha oído decir que uno solo de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro socorro, haya quedado sin consuelo. Animado con esta confianza, vengo a vuestra presencia en este día y me recomiendo fervorosamente a vuestra bondad. ¡Oh padre adoptivo de mi Redentor Jesús! no desatendáis mis súplicas, antes bien acogedlas favorablemente y socorredme con piedad. Amén.

Y para más obligaros rezaremos siete *Padrenuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri*, en memoria de vuestros siete principales dolores y gozos.

Jesús, José Teresa y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José Teresa y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Jesús, José Teresa y María, recibid, cuando yo muera, el alma mía.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús, y de María, y José y santa Teresa de Jesús. Amén.

Pídase con toda confianza la gracia que se desea alcanzar en esta novena.

Conclúyese con el canto de los gozos.

Día segundo¹

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en el misterio de la Encarnación

Punto primero. La más cumplida alabanza que puede tributar a un puro hombre el Espíritu Santo, la dispensó a san José al llamarle varón *justo*. Si en algún accidente de su trabajosa vida pudo acreditar el Santo que era justo y obraba en justicia, fue al advertir el embarazo de su castísima y virginal esposa María. Ignoraba san José el misterio de la Encarnación del Verbo en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo: conocía, por otra parte, la pureza angelical de su esposa, incapaz de cometer el más leve pecado; recordaba al propio tiempo la ley que mandaba fuese delatada la mujer adúltera para morir apedreada. ¿Qué hacer, pues? Batallaban en el corazón de san José el amor a la justicia y el amor a su esposa, y por no faltar a cosa alguna tomó como justo, el más acertado camino, resolviendo dejarla ocultamente.

¡Oh santo mío!, ¡qué lección me dais de justicia y de caridad! vos, teniendo evidentes razones en lo humano para juzgar desfavorablemente del prójimo, no os atrevéis; suspendéis el juicio y lo dejáis a Dios; y yo con el más leve fundamento, y a veces sin él,

¹ Se principia como el día primero

por pura malicia juzgo mal de mi prójimo, critico sus actos, murmuro de sus buenas obras, y cuando otra cosa no puedo, condeno la rectitud de sus intenciones... ¡Cuánta es mi injusticia, mi maldad! Hazme justo en mis juicios y obras, oh santo mío, para que al ser juzgado sea absuelto, pues escrito está: “Con la medida misma que midiereis, seréis medidos”; “juicio sin misericordia para aquel que juzgó sin misericordia a sus hermanos”.

Punto segundo. Para premiar la fidelidad de su siervo, mandó Dios a un ángel que le declarase el misterio de la Encarnación del Verbo y volviese la tranquilidad a su turbado espíritu. “José, hijo de David, le dice el ángel, no temas admitir en tu compañía y permanecer al lado de tu purísima y virginal esposa María, pues lo que ha concebido en su seno es por obra del Espíritu Santo. Sábetete que dará a luz un Hijo, y tú mimo le llamarás con el nombre suavísimo de Jesús, porque ha de salvar a su pueblo de todos sus pecados”. Como la suave aurora torna la alegría al mundo después de borrascosa y lóbrega noche, así esta aparición celestial inundó de luz y gozo el alma de san José... Sentimientos de acción de gracias brotan de su agradecida alma al verse elegido entre todos los mortales por esposo de la Madre de Dios y vice-padre del Hijo del Eterno. “Padre Santo, que estáis en los cielos, exclamaría san José, ¿de dónde a mí el inmerecido honor que fiéis a mi cuidado los tesoros más preciosos de santidad y justicia que vos mas amáis? Yo, pobre carpintero, ¿he de aparecer a los ojos de todo el mundo padre del Hijo de Dios, he de mandar a Jesús y a María, reyes de cielos y tierra? ¡O ensanchad mi pequeñez, o quitad de mi esta merced; no sea caso, Dios mío, se estimen en poco vuestros dones al ver que los dispensáis a tan baja y vil criatura!”... ¡Oh alma justísima de san José! ¡Cómo confunde vuestro ejemplo de gratitud mi olvido en dar gracias al Señor por los beneficios recibidos! En cada momento, Dios mío, como Padre bondadoso llovéis vuestros dones sobre mi; mas ¡cuán pocas veces levanto los ojos a vos para deciros de corazón: Gracias, bien mío, gracias! ¡Oh fidelísimo san José!, alcánzame del Señor el agradecimiento a sus bondades para merecerlas otras mayores.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, cuál ha sido tu aprecio de la dignidad de cristiano. También a tu guarda y fidelidad ha confiado el Señor ricos tesoros de gracias. Te ha hecho hijo suyo por el Bautismo, te ha dado su cuerpo y sangre por alimento, participas de su misma naturaleza por la gracia, y te promete su reino y felicidad eterna por recompensa... ¿Cómo has correspondido a tantos beneficios? ¿Qué cuenta has dado al Señor por tan divinas distinciones? ¿Has sido fiel a las promesas que hiciste a Dios? ¿Dónde está la blanca estola de la inocencia lavada en la sangre del Cordero?... ¿No es verdad que una a una y ciento a ciento cayeron sobre ella las manchas del pecado? ¿Has llorado al menos tamaña desgracia como se merece?... ¡Oh, mi inocencia y dignidad de cristiano!, ¡y en cuán poco os he tenido! ¡Más inconsiderado que Esaú, vendí mi primogenitura por un sucio deleite, por un cabello de interés, por satisfacer un vil capricho, por una vanidad, por una nadería! Perdón, Dios mío, revestidme de nuevo con vuestra gracia: la inocencia no es posible; concededme al menos el arrepentimiento para merecer vuestro cariñoso abrazo, que jamás negáis al corazón contrito y humillado... ¡Oh santo mío!, alcánzame de Jesús esta gracia, para merecer un día cantar contigo sus alabanzas en el cielo. Amén.

Ejemplo

Una mujer que contaba la edad de veintisiete años, y de algunos a esta parte enferma, se negaba obstinadamente a todos los auxilios espirituales, a pesar de las oraciones e instancias de no pocos amigos y almas caritativas.

Educada cristianamente, había sido muy piadosa hasta le edad de dieciocho años, circunstancia que hacía inexplicable su absoluta negativa: “Ya consiento, decía, en orar y hacer cuanto de mí exigiereis; pero, *jamás, jamás*, me confesaré. Sin embargo, confío que el Señor tendrá misericordia de mí”.

A través de sus palabras vislumbrábase cuanto había abusado de la gracia. Los rápidos progresos de su enfermedad aconsejaron a sus deudos y amigos a redoblar las tentativas; pero todo era inútil... Una de sus amigas pidió, y obtuvo de cierta casa religiosa de educación, hiciesen un novenario a san José, y recomendose a las educandas su particular fervor en aquel acto de caridad. El segundo día la enferma se negó a admitir a un sacerdote con mayor obstinación que nunca, a pesar de conocer ella misma que su muerte era inminente: “Todo es en vano, exclamó otra de sus amigas; san José no quiere oírnos; la infeliz va a morir impenitente. No uséis este lenguaje, repuso otra; le hemos confiado esta alma; no hay cuidado, no permitirá que muera sin sacramentos”.

El cuarto día de la novena la moribunda resistíase todavía a recibir al sacerdote, y con tal decisión, que nadie se atrevía a ensayar nuevos medios. Pero por la mañana del quinto día se presentó en el colegio una persona llamando inmediatamente a una hermana para asistir a la cabecera de aquella pobre tísica, que había entrado en la agonía. “¡Ay! exclamó una de las circunstantes con los ojos arrasados en lágrimas; san José, ¿por qué ensordecéis a mis súplicas? Ella va a morir en tan infeliz estado. ¿Quién pondrá fe en lo sucesivo al testimonio de santa Teresa, que asegura que nunca se os invoca en vano?” Apenas la hermana llega y se acerca a la enferma, ¡oh prodigio! antes que aquella pudiera desplegar sus labios para saludarla, “hermana, la dice esta, conozco que voy a morir, y san José no quiere que muera hasta que me haya confesado: llamad al señor cura; él me casó y merece mi confianza”. Nadie acertaba a creer lo que oía. Se confesó, recibió el Viático y la Extremaunción con manifiestas señales de arrepentimiento, y en medio de un mar de lágrimas, de consuelo y de gratitud que derramaban las personas que todo lo creían perdido, reconocieron que san José había oído sus gemidos, encargándose él mismo de persuadir a la moribunda, lo que nadie había podido lograr.

Oración final, etc.

Día tercero²

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en el nacimiento de Jesús

Punto primero. Llega san José con María su esposa, próxima a dar a luz al deseado de las gentes, a la ciudad de Belén, su patria, después de un viaje penoso, y no encuentra casa donde guarecerse del frío de la noche, en la rigurosa estación del invierno. ¡Qué dolor para el corazón de san José!... Para el niño Moisés abandonado a las corrientes del Nilo hubo una princesa compasiva que le socorrió; mas para Jesús, Rey de cielos y tierra, no se halló un pastorcillo siquiera que le ofreciese albergue en un rincón de su cabaña. ¡Pobre Jesús! ¡Oh dolor para el corazón de san José, a vista de tanta crueldad y desvío! ¿Quién no se enoja contra la dureza de los belemnitas al contemplar cómo abandonan a los rigores del frío e inclemencia de la cruda noche a una joven delicada y honestísima, próxima a ser madre, privándose por ello de hospedar en su casa al Dios

² Se empieza como el día primero

de los cielos?... Mas tú, devoto del Santo, ¿no has imitado el proceder insensato de estos ingratos? ¡Cuántas veces, pondéralo bien, Jesús ha llamado a las puertas de tu casa por mano del pobre, y le has despreciado! ¡Cuántas por sí mismo ha llamado a las puertas de tu corazón, pidiéndote morada en él, y tu, cruel más que los belemnitas, no solo no has querido oír su voz, sino que a su presencia has dado franca entrada en él a sus enemigos! ¡Qué locura e ingratitud!... Y lo que más sintió san José en esta ocasión fue el recibir tamaño agravio de parientes y amigos. Y tú también has causado este dolor a Jesús y a José cuantas veces has despreciado sus inspiraciones. Que un desconocido me insulte, dice el Señor, lo sufriré con calma; pero tú, devoto de san José, que eres mi amigo y hermano; que tú no quieras darme hospedaje en tu corazón; que me arrojes de él por el pecado, ¡oh dolor!, no puedo ponerlo a paciencia... ¿Qué decimos a estas justas reconvenciones?... Confundámonos y enmendémonos.

Punto segundo. Contempla, devoto de san José, una de las escenas más tiernas que admirar pueden los ángeles y los hombres. El infante Jesús, recién nacido, e hijo de Dios, reclinado está sobre unas pajas en un pesebre, en una cueva, y envuelto en pobres pañales en el rigor del invierno; María, Virgen y Madre de Dios, arrullando está con amor indecibles a su adorado Hijo; san José, arrodillado a los pies del divino Niño, derramando está copiosas lágrimas de ternura... Adora san José al infante Jesús como a Dios, y como padre adoptivo le toma en sus brazos, le estrecha contra su corazón, imprime un ósculo amoroso en su divina frente, le acaricia, y Jesús agradecido le sonrío... ¡Oh sonrisa del Niño Dios, quién pudiese gozarte! Dime, santo mío, ¿qué sintió tu corazón en estos momentos deliciosos?... ¿Cómo te derretirías en amor?... Mas ¡ay! que llora el tierno Jesús, y sus lágrimas enturbian un tanto el gozo de san José... Pero Dios envía un coro de ángeles para que con sus suavísimos cantos le acallen juntamente con los cuidados de san José, y acuden también invitados por los ángeles los sencillos pastores para adorarle y ofrecerle presentes perfumados del más acendrado amor. Y el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres cantan gloria a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad... ¡Oh José santísimo!, descubre a nuestras almas los encantos de tu adorado Niño Jesús; da a gustar a nuestros corazones las delicias de la piedad. Muéstranos cuán suave es el trato y amistad con Jesús, y pon hastío en nuestras almas por todo lo que no sea Jesús... Ese hermoso Niño Jesús, a quien tu adoras como a Dios y acaricias y regalas como a hijo, reine por amor en mi corazón para siempre, mi querido padre y señor san José. Amén.

Punto tercero. ¿Qué siente tu corazón, oh devoto de san José, al considerar este tiernísimo misterio? ¿Qué afectos brotan de él? ¿Qué dices, qué resuelves a la presencia de Jesús, María y José?... Jesús desde el pesebre te predica el desprendimiento más perfecto de todo lo que el mundo ama y adora. ¿No te aprovecharás de tan divina lección?... Riquezas, honores, placeres, son pueriles naderías que desdeña el Niño Dios. ¿Por ventura pueden merecer el aprecio de un varón cristiano?... ¡Oh buen Jesús!, a tus pies reconozco que todos los bienes del mundo son como humo que se disipa, flores que se agostan, vanidad de vanidades que pueden atormentar mi corazón, mas no llenarlo y hacerlo feliz... ¡Oh mi divino Jesús!, ¡oh mi pobre y adorado Jesús!, cuanto por mi amor te contemplo indigente y abatido en ese pesebre, tanto eres más rico y estimado para mi corazón. Tus lágrimas lavan mis culpas; tu pobreza condena mi voluptuosidad y delicadeza; tu humildad cura mi

orgullo. Pobrísimo está mi corazón de méritos, desnudo de toda virtud; vil establo ha sido hasta ahora donde se han guarecido toda clase de vicios... Mas, oh piadoso san José, no tengo otra cosa que ofrecer a tu pobre Jesús... Acéptalo, pues, tal cual es y purifícalo... Si más tuviera y cosa mejor poseyera, bien sabes, dueño mío, que gustoso se lo diera... Tan solo arroyuelos de lágrimas de arrepentimiento y dolor pueden brotar de esta tierra ingrata, si tú la hieres con la vara de amores de tu divino Jesús... Hiérela, pues, padre mío san José, para que sea purificada con las aguas de la gracia, y broten en ella el lirio y las flores de olor, y sea jardín de delicias donde venga a recrearse y descansar tu Jesús, lo que antes fue para Él lugar de horror y tormento. Venid, Jesús, María y José, venid a mi corazón, y descansad eternamente en él. Amén.

Ejemplo

La señorita M. de la C. B., muy devota del santo patriarca, a quien obsequiaba con las prácticas de piedad más gratas al santo, como son la oración, confesión y comunión frecuentes, cayó en una grave y penosa enfermedad, y a pesar de distar más de ocho meses de su fiesta, le pedía al Santo tres gracias. 1ª. Morir en su fiesta. 2ª. Morir con todo el conocimiento e invocando los nombres de Jesús, María y José. 3ª. Que le asistiese quien esto escribe en su última hora. Y el Santo bendito todo se lo concedió. Contra el parecer de los médicos, alargose su enfermedad hasta el día del Santo (19 de marzo), conservó claro el conocimiento hasta el último instante, invocando con gran devoción los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y, cosa providencial, para que nada faltase a sus súplicas, retirándose el confesor para tomar un poco de alimento, quien esto escribe tuvo precisión de quedarse para consolar a la enferma y animarla en aquella última hora y no dejarla sola, y contra la previsión de todos, expiró en el mismo día del Santo, en nuestros brazos, con la paz de los justos, yendo sin duda, piadosamente pensando, a cantar con los bienaventurados las misericordias del señor san José en el cielo e su misma fiesta. ¿A quién no animan estos hechos? De otros devotos de san José hemos visto lo mismo, esto es, morir plácidamente o el día de san José, o el día 19 o el miércoles, todos días consagrados a san José. Animémonos con nuestras buenas obras a merecer del santo bendito este favor, el más grande de todos.

Oración final, etc.

*Día cuarto*³

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la circuncisión de Jesucristo

Punto primero. El orgullo del hombre exigía para su reparación el abatimiento de un Dios; la corrupción de la carne reclamaba por medicina la mortificación del Hombre-Dios. Conocía el Señor que el origen de todos nuestros males eran la soberbia y sensualidad, y como sabio médico empleó todos los recursos de su sabiduría para curarlos... Jesucristo, sujetándose a la circuncisión, condena nuestra delicadeza y altanería. ¡Cuánta humillación no sufre el infante Jesús en esta dolorosa ceremonia! Era el Santo de los santos, y aparece como inmundo y necesitado de perdón, como cualquier hijo de Adán... Tanto amaba Jesús la humillación, que no le sufrió el corazón esperar el fin de su vida muriendo en una cruz, para hacerse como objeto de maldición, puesto que después de nacido se confunde luego con los pecadores...

³ Se principia como el día primero.

Pondera, devoto de san José, el dolor que experimentaría su corazón al ver correr las primicias de la sangre inocente de su adorable Jesús... Oye sus tiernos vagidos... Llorar san José de compasión. ¡Oh Jesús de mi alma!, exclama san José, ¿Qué tiene que ver con vos la marca del pecador? ¿Por qué imprimís sobre vuestra pura carne el oprobioso remedio del pecado? ¡Oh, el más grande y el más pequeño, el más excelso y el más abatido, el primero y el último de los hijos de los hombres!, cuanto más abatido te contemplo, mejor eres, Jesús, para mi corazón... ¡Devoto josefino!, confiesa que no tiene cura tu soberbia si no basta la humillación de todo un Dios a arrancarla de tu corazón.

Punto segundo. Suena a los oídos de san José el dulcísimo nombre de Jesús, y cual sagrado conjuro disipa su dolor y llena de inefables consolaciones su alma. Jesús es nombre de grandeza, porque expresa el Dios de los hombres; es nombre de dulzura, porque representa el Padre de los hombres; es nombre de poder, porque significa el Salvador de los hombres... Por ello san José adoró el nombre de Jesús por su excelencia, le amó por su dulzura y le invocó con confianza por su poder. “¡Oh Jesús, Padre de los pobres y consuelo de los afligidos!, ¡verdaderamente eres Jesús, hijo mío, decía san José, pues tan presto derramas tu sangre para salud del hombre!”... En este momento el Padre eterno, que se complace en ensalzar a los humildes, descubrió a san José todo el fruto de esta sangre divina y las ruidosas victorias que ese nombre santo reportaría sobre las potestades del averno, y su eficacia para conseguir del eterno Padre todo cuanto por Él se le pidiese. Contempló postrados de rodillas al oír ese nombre suavísimo, el cielo, la tierra, y los abismos, adorando su soberana excelencia. ¡Qué gozo al corazón paternal de san José causarían estas nuevas!... Medítalo en silencio... Yo también os adoro, oh Jesús de mi José, y por su intercesión os pido pongáis vuestro divino nombre como un sello sobre mi corazón y mis labios, para que no ame sino a Jesús, ni suspire sino por Jesús. ¡Oh Enmanuel amabilísimo!, sé para mí Jesús y salud; Jesús a mi memoria, Jesús a mi entendimiento, Jesús a mi corazón, Jesús en vida, en muerte y en la eternidad.

Punto tercero. ¿Cómo has practicado hasta hoy, devoto del Santo, la humildad y la mortificación? ¿Es Jesús verdaderamente Jesús para tu alma?... Quizás no sabes siquiera qué es humildad, y la necesidad suprema que tienes de esta celestial virtud para salvarte... Por ventura ignoras lo que es mortificación, y huyes de mortificar tus desordenados apetitos como del mal más temible, y buscas medios de halagar y satisfacer tus pasiones, como si en ello estuviese cifrada tu mayor dicha, y evitas con sumo cuidado todo lo que puede ser doloroso a tu sensualidad... ¡Oh devoto del Santo!, yerras, yerras si así pretendes contentar a Dios y salvar tu alma. Siguiendo este camino sembrado de flores que te ofrece el mundo y te exige tu concupiscencia, pararás al fin a tormentos eternos. Los que son de Cristo, dice san Pablo, crucificaron su carne con todas sus concupiscencias; siempre llevan ceñido su cuerpo con la mortificación de Cristo Jesús. No será para ti Jesús, si no te aplicas la medicina que te ofrece, si no aprendes las lecciones de vida eterna que te da... Si quieres reinar con Jesús en el cielo, humíllate con Él en la tierra. Si pretendes gozar de las delicias de su casa y de su gloria, menester es que padezcas con Él en el destierro. Humildad, mortificación: he aquí las dos condiciones que exige de ti el Niño Jesús para salvarte... Humillación, sufrimientos: he ahí las dos lecciones de vida eterna que te da Jesús en su

circuncisión, para ser Jesús de tu alma... ¡Feliz mil veces, devoto de san José, si las oyes y practicas con fidelidad!... ¡Jesús humilde y mortificado!, reina en mi corazón por gracia eternamente. Amén.

Ejemplo

En un colegio de niñas se celebró con mucha devoción el mes de san José. Su hermosa imagen, que las niñas adornaron muy elegantemente, tenía bajo su pedestal un pequeño buzón, adonde echaban cada día sus pequeñas cartas con diferentes direcciones infantiles. –A san José, que ocupa un bellissimo trono en el cielo. –A san José, en el país de la felicidad. –A san José, padre de los huérfanos, –y otras.

Esta última había sido escrita por una niña de siete años, que con su madre y hermanitos vivía en la mayor miseria.

Así se expresaba en su carta: “San José, dicen que sois tan bueno; tened, pues, piedad de nosotros. Somos tan pobres como vos lo erais en Egipto; muy a menudo nuestra madre no tiene pan que darnos. Nos hallamos en la miseria; si vos nos socorréis yo os amaré mucho”.

El mismo día que ella había echado su carta en el buzón de san José, se presentó en el colegio una persona de distinción y adoptó a la niña para su protegida.

Con cándido lenguaje la favorecida niña iba diciendo a cuantos encontraba: “San José ha leído mi carta, y luego, me ha enviado una bienhechora escogida por él mismo”.

Ella se apresuró a escribir de nuevo a san José, para darle las gracias y manifestarle su gratitud. No solo se dispensa a aquella pobre niña toda la protección que reclaman sus necesidades actuales, sino que además ocúpase su protectora en asegurar su porvenir. Así premia el Santo bendito la confianza filial en su patrocinio.

Oración final, etc,

*Día quinto*⁴

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la profecía de Simeón.

Punto primero. Vivía en Jerusalén un hombre justo y timorato llamado Simeón, que suspiraba y aguardaba al Mesías, y a quien el Espíritu Santo, que en él moraba, había prometido alargar los días hasta ver al Redentor del mundo. Entró en el templo por inspiración del cielo en el momento en que Jesús era presentado por sus padres; tomole en sus brazos, después de bendecir a Dios por haberle dejado ver al Salvador presentado a la faz de todo los pueblos, luz de las naciones y gloria de Israel, y añadió, dirigiéndose a María: “Ese Niño destinado está a ser el tropiezo de muchos, expuesto por blanco de contradicción y para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones, no sin que traspase tu alma una espada de dolor”. El espíritu de san José entrevió de un golpe, en aquel momento en que resonaban todavía tan magníficos vaticinios, las alternativas de gloria e ignominia, de exaltación y abatimiento por donde Jesús había de pasar... Vio los tormentos y fatigas de Jesús...

⁴ Se empieza como el día primero.

quizás el deicidio... Vio la ingratitud y reprobación de su pueblo, la multitud de malos cristianos que abusarían de las gracias de su Redentor... Vio gran número de réprobos que, volviendo las espaldas a su Jesús, seguirían a Lucifer condenándose eternamente... ¡Oh santo mío, dulcísimo san José! ¿Qué sentiría vuestro paternal corazón a vista de la crueldad e ingratitud de los hombres para con vuestro Jesús?... ¡Oh dureza de corazones humanos!, exclamaría san José; ¿por qué no queréis vivir para siempre amando a vuestro Salvador Jesús? ¿Por qué convertís con vuestra malicia la medicina en veneno? ¡Oh mi Jesús!, sé para todos Jesús, y no ruina y perdición.

Punto segundo. San José, que participó con su esposa María de la espada de dolor, al ofrecer el Niño Jesús como holocausto que volviera a Dios propicio a los hombres, debía participar del dulce consuelo de conocer los triunfos de su hijito Jesús en la resurrección de muchas almas a la vida de la gracia... Por esto fue dado a san José el comprender en aquella ocasión los numerosos amadores que tendría Jesús; los combates y victorias que por su amor reportarían del mundo, del demonio y de sí mismos; vio miles de fieles adoradores de Jesús que sacrificarían, por no abandonarle, su honra, sus comodidades y regalo y hasta su vida, derramando la sangre generosamente en medio de los más inauditos tormentos. Vio poblarse los desiertos de imitadores de Jesús, y los cielos de santos y bienaventurados por los méritos y gracia de Jesús. Contempló, lleno de celestial gozo su corazón, la tierna solicitud con que miles de corazones generosos, en todos tiempos, estados, lugares y condiciones, cifrarían su mayor gloria en ser de Jesús, en militar bajo las banderas de Jesús, en servir a Jesús, en adorar a Jesús, en amarle por los que no le aman, desagradarle por todos los que le desprecian... ¡Oh glorioso padre mío san José! ¡Con cuánta verdad se cumple en vos el oráculo del Señor, que dice que dará las lágrimas con medida! Si os entristece, os envía luego el consuelo que anima y vivifica... ¡Oh Dios mío! Dame como a tu siervo san José la gracia de servirte siempre en medio de las tribulaciones de la vida, para no ser confundido en el último día con los réprobos que no perseveraron en el amor de tu Jesús.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, si este divino y amabilísimo Niño Jesús es para ti objeto de ruina o de salud. Mira, si deseas conocerlo, cómo le imitas en la humildad, en la mortificación, en el amor de Dios y del prójimo. Examina tu corazón con sinceridad, y descubrirás la semejanza o desemejanza con el suyo... La adversidad sobre todo es la piedra de toque o de contradicción, la prueba que pone en descubierto la virtud sólida, o la oculta miseria de los corazones. ¿Cómo pues, te portas en la tribulación? ¿Cómo aceptas los castigos y contradicciones que Dios, cual padre bondadoso, te envía para probarte y acrisolar tu virtud y aumentar tus méritos? ¿Crecen con ellos en tu ánimo, como en el de san José la sumisión y la paz, la resignación y la paciencia? ¿O quizás concedes los primeros momentos a la desesperación, y los demás a una postración sombría?... ¡Oh, qué pequeños son nuestros sacrificios en comparación de los del glorioso patriarca! ¡Qué forzada nuestra conformidad! ¡Cuán imperfecta nuestra paciencia!... ¡Oh santo mío! ¡Cuán lejos estoy de imitarte en los trabajos de la vida! ¡Con mi impaciencia agravo el mal, la expiación en mis manos se convierte en origen de nuevas faltas, y en frutos de perdición los medios de conseguir un premio eterno!... ¡Oh Dios de mi corazón! Todas las criaturas cumplen vuestras amorosas disposiciones sin murmurar ni resistir a ellas, y yo solo ¿no

os daré gusto?... No, Dios mío; de hoy más, aunque repugne a mi sensualidad el cáliz de amargura, lo aceptaré resignado por venir de vuestras benditas manos, repitiendo en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad, en la exaltación y en el abatimiento, en la compañía y en la soledad, en los dolores y gozos: Padre mío, cúmplase en mí siempre vuestra voluntad; bendito seáis por los siglos. Amén.

Ejemplo

Un santo religioso tenía en París un hermano, cuya vida desarreglada le llenaba de desconsuelo. Nada le hacía ya impresión, y se hallaba completamente endurecido en su perversidad. Eran en vano los avisos más cariñosos, los ejemplos más elocuentes, las amenazas más espantosas. Su vida era una serie de desórdenes, y dijérase que pecaba solo por el gusto de ofender a Dios. Su buen hermano, agotados todos los recursos de la caridad en bien de su alma, resolvió acudir a san José, e hizo ofrecer en su obsequio dos novenas, una de misas y otra de comuniones. Al concluir la segunda, cayó gravemente enfermo el empedernido pecador, y reducido a tal extremo abrió los ojos, y halló en la enfermedad de su cuerpo la luz y la salvación de su alma. Hizo una fervorosa confesión general, y recibidos luego los demás sacramentos resignose a morir. Mas Dios, que sin duda por la intercesión de san José le había enviado la enfermedad corporal para darle la salud del alma, le devolvió la salud del cuerpo cuando el pecador se hubo convertido. No volvió empero a sus extravíos, sino que perseveró en su vida penitente, y fue hasta la muerte acendrado devoto de san José.

No cesemos de pedir al benditísimo patriarca la conversión de los pecadores y la perseverancia final de todos hasta la muerte en la ley santa del Señor.

Oración final, etc.

*Día sexto*⁵

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la huida a Egipto.

Punto primero. Bien pronto empezó a cumplirse la profecía de Simeón. Herodes tirano, alarmado con la visita de los Magos y con el sentido material de las profecías, tembló por su corona, y para asegurarla maquinó envolver al Mesías en una general matanza decretada contra los niños de Belén. Entonces un ángel del Señor aparece en sueños a san José y le dice: “Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise”. Comunicó san José tan inesperado anuncio a María, y partieron de noche sin vacilar, llevando en sus brazos al tierno Niño Jesús, que causaba, siendo inocente, sus padecimientos... Pondera, devoto de san José, cuántos dolores experimentaría su corazón en este trance. Pobres y sin auxilio en Belén, que era su patria, ¿qué podría esperar para Jesús y María en Egipto, país desconocido, que odiaba a los judíos que un día habían sido sus esclavos? ¿Quién les guiaría en el camino? ¿Dónde han de fijar su residencia? ¿Quién les ofrecerá hospitalidad? Y sobre todo, ¿quién defenderá al tierno Infante de la intemperie y agitación del viaje, de las celadas y emisarios de Herodes, de los peligros del camino, de la mudanza del clima?... Iba san José a Egipto, y no sabía por cuánto tiempo debía estar allí. ¿Cómo, pues, proporcionarse recursos para vivir? No veía otros que el mendigar, o el escaso jornal

⁵ Se principia como el día primero.

que podía ganar un desconocido artesano en el país extranjero... ¡Qué motivos de dolor para el corazón paternal de san José!... ¡Oh alma mía! Compadece a tan santa, a tan pobre y a tan angustiada familia. Fue bien penosa esta huida, ya consideres lo largo y escabroso del camino, ya la permanencia incierta en medio de un pueblo que lo adoraba todo menos al verdadero Dios... ¿Qué sentiría el corazón de san José en esta huida? Medítalo con amor, pues por salvar a tu Jesús pasó tan terrible angustia.

Punto segundo. Mas san José, con la compañía de Jesús y María y con la confianza en Dios, endulzaba sus dolores: su único anhelo era salvar a Jesús y María; aquí iban todos sus cuidados y deseos; y por esto abrazaba gustoso toda clase de trabajos. Descuida de preguntar al ángel el tiempo que debía permanecer en el destierro, porque donde están Jesús y María allí está el paraíso... El peso del Niño Jesús, mejor que el de las plumas a las aves, daba a nuestro Santo mayor esfuerzo para remontarse sobre todas las miserias de la vida, y gozar, elevándose en contemplación altísima, de las dulzuras de la gloria. Lleno su pecho de amor divino, se desahogaba en tiernas caricias con el adorable Infante, que le correspondía con agradecimiento. “Yo soy, mi divino Jesús, decíale san José, tu amparo en el abandono y persecución que te mueven los hombres; y Tú eres, ¡oh esplendor de la gloria del Padre!, mi consuelo y fortaleza en esta peregrinación. Delante de Ti está mi corazón, y mi silencio te habla”. Además, el ver caer los ídolos al entrar en este pueblo idólatra y el contemplar los ejemplos de virtud de Jesús y María, consoló sobremanera el corazón de nuestro Santo, porque previó que aquellas semillas de santidad crecerían mas tarde en árboles frondosos, en cuyas ramas se anidarían, cual aves del cielo, cantando alabanzas a Jesús y a María, tanta multitud de santos anacoretas, confesores, vírgenes y mártires los más ilustres... ¡Oh santo mío! Dame a gustar cuán dulce y suave es el trato con Jesús por medio de la oración, para que, probados los castos deleites del espíritu, desprecie los sucios y vanos de la carne.

Punto tercero Compara ahora tu conducta, devoto del Santo, con las lecciones de obediencia y confianza en Dios que te da san José. Huye, huye, le dice el ángel, de las impotentes iras de un reyezuelo, si quieres salvar al Niño y a la Madre, y huye a Egipto... ¡Gran Dios!, hubiera podido replicar san José; ¡huir!, ¡último recurso de la flaqueza!, ¡huir el Criador de sus débiles criaturas!... ¿No sois Vos el Dios del Sinaí que libertasteis del cautiverio, a costa de tantas maravillas, a los hijos de Israel? ¿Y por vuestro Hijo unigénito no obraréis siquiera un prodigio, menos aún, no hallará en su patria un lugar donde ocultarse y burlar la vigilancia de sus perseguidores? ¿Quién le reconocerá por el Mesías y le adorará por el Hijo del Omnipotente?... Mas san José no pide prodigios; adora en silencio las disposiciones de Dios, y no se cuida más que de obedecer cuanto antes, huyendo a Egipto. No le asalta tan siquiera la idea de la dificultad del viaje. Dios es su luz, su protección y salud, ¿a quién temerá? ¡Oh alma devota del Santo! ¡Cuánto tienes que aprender de tu padre y señor san José en este paso! Mira cuán falta estás de obediencia, pues siempre procuras hacer tu propia voluntad, y nunca con generosidad cumples tus obligaciones, lo que te manda Dios. Por eso eres desgraciada y vives vida infeliz. Reflexiona, por otra parte, cuán poco confías en el Señor. Le invoca tu labio, pero lejos de Él está tu corazón. ¡Desdichada!, te apoyas en las ayudas del mundo, que cual palillos de romeros, en poniendo algún peso de contradicción, se quiebran y te lastiman. Apóyate de hoy más en el Señor y en

la ayuda de tu padre san José, y nunca serás confundida y saldrás bien de todos tus apuros. ¡Oh mi señor san José!, a vos acudiré siempre en mis necesidades. Sed mi ayuda y constante protector. Amén.

Ejemplo

Un grande incendio desoló la parroquia de un pueblecito de Francia y varias casas contiguas a ella. Cuando el fuego amenazaba invadir a todo el pueblo, un hombre de fe arrojó una medalla de san José en medio de las llamas, e inmediatamente cambió el viento y el incendio se detuvo con admiración de todos delante de una casa llena de paja.

Un soldado español, estando en acción, se creyó herido de una bala enemiga que dio contra su pecho; pero habiéndose descubierto pudo ver como la medalla de san José, que llevaba pendiente, había aplastado la bala, que no le causó ni aún la más leve contusión. Este honrado militar exclamaba algunas veces: "Soy invulnerable, porque san José es mi patrón y protector".

Si de esta suerte protege san José a sus devotos en los peligros temporales, ¿cuánto mejor lo hará en los del alma, si le invocan con confianza?

Oración final, etc.

Día séptimo⁶

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la vuelta de Egipto.

Punto primero. Considera, devoto del Santo, lo que sufriría su tierno corazón en la vuelta de Egipto. No volvía de aquel cautiverio precedido por la nube de fuego que guiaba a los hijos de Israel por las arenas del desierto; ni Dios Padre obraba ruidosos prodigios para mostrar la divinidad de su Hijo. Dejole al cuidado y vigilancia de san José, para que el Santo salvase al Salvador y librase de la muerte al Inmortal, de igual modo que si fuera el hijo mas desvalido... ¡Cuántos trabajos en tan largo viaje! El divino Infante, ni era tan pequeño que pudiese ser llevado en brazos, ni bastante grande y fuerte para poder ir a pie... Contempla a estos pobres viajeros, fatigados del camino, cómo descansan bajo la erguida palma del desierto... Mira al divino Jesús reclinado sobre el seno de su adoptivo padre san José, el cual, para preservarle de la inclemencia de la noche, le cubre con su pobre manto. Contempla la tranquilidad con que duerme el buen Jesús bajo la protección y cuidado de san José... Está en el desierto, rodeado de fieras, con peligro de ser asaltado por ladrones; mas reposa dulcemente, porque vela su sueño a su lado el vigilante san José... También vela por ti, oh devoto del Santo, este fidelísimo custodio de las almas. ¡Oh si le conocieses y amases, cuán confiado vivirías bajo su protección! ¡Cómo no temerías los peligros de la vida, ni el paso de la muerte!... Aviva tu fe y confianza en la omnipotente protección del patrón universal de los fieles, y gozarás en las borrascas de la vida abundancia de seguridad y de paz.

⁶ Se empieza como el día primero.

Punto segundo. Las incomodidades del viaje templábanse en el corazón de nuestro santo con el gozo de volver a su querida patria y poder fijar su morada entre el pueblo escogido de Dios, y aunque pudo infundirle temor el saber que, muerto Herodes, reinaba en Judea su hijo Arquelao, un ángel del Señor le ordena en sueños que vuelva a Galilea, y que viva allí sin zozobra ni sobresaltos de temor por la vida de su adorado Jesús... Aquí san José, rodeado de su querida esposa María y recreado con la compañía y gracias infantiles de su Jesús, pasaba la vida más dichosa que se puede desear. Muertos sus perseguidores, restablecido a su pueblo, aseguradas ya la vida y subsistencia de Jesús y María, ¡cuán dulce cosa sería al corazón de san José, recordar en familia los peligros que habían pasado por salvar a su Jesús!... ¡Cómo Jesús, tierno niño aún, se complacería en oír estas sentidas pláticas, y se desharía en muestras de afecto y gratitud para con sus bondadosos padres!... ¡Oh, quién pudiera participar de la dicha purísima que mora en los corazones de Jesús, María y José!... Ni el contento del soldado restituido al hogar doméstico con los laureles de cien victorias, ni el gozo del marinero arribando salvo al puerto después de mil deshechas tormentas, ni el consuelo de una madre que abraza contra su seno al hijo único de sus entrañas después de larga ausencia, ni... nada en fin, de este mísero suelo puede compararse con la alegría y gozo subidos que gustaba el Santo en la modesta y tranquila vivienda de Nazaret... ¡Con qué efusión de su alma agradecería a Dios Padre la providencia amorosa que sobre ellos tuvo en sus apuros! Hincábase de rodillas, y mejor que Moisés repetía, recordando los beneficios recibidos: “Cantemos al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar del olvido a mis perseguidores. Este es mi Dios y la fortaleza mía y el objeto de mis esperanzas, porque ha sido mi Salvador”.

Punto tercero. La solicitud de san José en preservar al infante Jesús de sus perseguidores, debe ser para ti, devoto del Santo, una de las lecciones que más presentes debes tener. Este cuidado del Santo debe enseñarte, si eres destinado a dirigir la juventud, el esmero con que has de apartarla de las personas, lugares y lecturas peligrosas; si eres padre de familia, el modo de salvar a tus hijos de la muerte del alma, preservándolos de la que las malas compañías ocasionan a la incauta juventud; y a todos, en fin, nos enseña san José con su ejemplo la necesidad de huir de las ocasiones próximas del pecado, que como fieros Herodes dan la muerte eterna a innumerables almas... Examina, pues, devoto de san José, cómo has imitado al Santo en este punto. ¿Cuál es tu vigilancia sobre tu corazón? ¿Dominas los afectos de tu alma? ¡Ay! ¡Quizás estás atado al pecado con fuertes cadenas, labradas por la costumbre y fortalecidas con la ocasión! ¡Lloras tal vez sobre la inconstancia de tus propósitos; y no tratas de huir de la ocasión de pecar!... ¡Pobrecilla! Es inútil tu llanto, serán estériles todos tus esfuerzos, si no cortas la raíz del mal que es la ocasión. Huye más que de la vista de la serpiente, no solo del pecado, sino de la ocasión, como son las personas, conversaciones, lecturas, diversiones, miradas peligrosas... Así vivirá Jesús en tu alma, y no temerás te lo quite el pecado con sus seducciones... ¡Oh padre mío san José! Salvadme de mi inconstancia, ayudadme a romper mis cadenas del vicio, pues quiero huir del Egipto del pecado para ser totalmente de mi Jesús. Amén.

Ejemplo

Un comerciante, cuya confianza en san José no tenía límites, era dueño de muchos buques que formaban la principal parte de su fortuna. Jamás quiso asegurarlos de riesgos marítimos, pero retiraba las cantidades que le hubieran importado los seguros, llevándolas, decía él, a cuenta de san José para emplearlas en buenas obras a su intención.

Durante algunos años viajó así confiado y tranquilo bajo la protección de este glorioso santo, sin experimentar jamás ninguna pérdida ni aún avería en sus buques y cargamentos.

Más tarde fundó con la suma puesta a crédito de san José y otra considerable que añadió, un asilo de beneficencia, que aún existe en la ciudad de Waterssord, y que es un poderoso socorro de gran número de pobres irlandeses.

Otro devoto de san José hallábase en un gravísimo apuro sin tener una blanca con que satisfacer sus deudas, y habiendo acudido a san José, proveyole de recursos de un modo tan inesperado, que hubo de exclamar como santa Teresa de Jesús: "Verdaderamente ha negociado y proveído en este caso mi verdadero padre y señor san José".

Acudamos, pues, siempre con completa confianza al provisor de la sagrada Familia en las necesidades del alma y del cuerpo, y experimentaremos siempre su admirable protección.

Oración final, etc.

*Día octavo*⁷

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la pérdida del Niño Jesús.

Punto primero. Deslizábanse tranquilos los días de la vida de san José en la modesta tienda de Nazaret, como corren calladamente al mar las aguas del manso río. Ganaba el pan con el sudor de su frente en el humilde oficio de carpintero, es verdad; pero este sudor lo enjugaba, o al menos lo refrescaba, la presencia y conversación de su divino Jesús... ¡Oh! ¡Gozar en este destierro de la compañía y trato familiar de Aquel que forma las delicias de los bienaventurados, es la suprema dicha a que puede aspirar un mortal!... Pero Dios, que mezcla el gozo con el llanto, permite días de grandes tempestades a sus siervos para darles mayor ocasión de merecer, y a esta ley debían estar sujetos María y José... Muchos fueron los dolores de san José, mas el que experimentó en la pérdida de su Hijo superó a todos... Orígenes asegura que san José sufrió en esta ocasión más que todos los mártires... Jesús, hasta entonces tan sumiso y atento, se aparta de sus padres; los deja partir de Jerusalén sin advertirles su designio; prevé el abismo de penas en que ha de sumirlos su pérdida, y sin embargo los abandona. ¡Qué dolor para nuestro Santo!... ¡Su humildad profunda teme haber perdido por su culpa aquel tesoro!... Ignora si será perpetua esta separación. Tal vez solo quiso el Señor confiar a sus cuidados a Jesús durante sus infantiles años... Quizás padece ya por los hombres..., quizás empieza a verter su sangre lejos de sus paternos ojos... ¿Quién podrá medir el dolor y las angustias de un alma tan santa como la de nuestro patriarca, apartada de la presencia de su Dios? ¡Oh santo mío! Dame a gustar

⁷ Se principia como el día primero.

de tu pena, para compadecerte y compadecer a las almas a que Dios se oculta con amor, y llorar las veces que yo lo he perdido por mis culpas.

Punto segundo. San José con María su esposa no se entregó a una consternación inerte... al descubrir la falta de Jesús, buscó a Jesús diligentemente en el camino y en Jerusalén, sin dejar sitio por registrar, ni persona a quien pedir... ¡Jesús, hijo mío! –iba clamando san José, ¡hijo mío Jesús! ¿Adónde te escondiste, amado mío y me dejaste con gemido? ¡Como la cierva huíste! ¡Voy corriendo en tu busca, y no te encuentro! Hechas en lo humano todas las diligencias sin resultado, acuden al templo a encomendar a Dios el negocio. Mas ¡oh sorpresa!, ¡oh gozo inexplicable! Ven al Niño Jesús, a quien lloraban perdido por tres días, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndolos e interrogándolos, y admirando a todos con la profundidad y sabiduría de sus respuestas. Suspensos y llenos de estupor, adelantándose María, le dice: “Hijo mío, ¿por qué obraste así? Tu padre y yo te buscábamos consternados”. Tiernísima reconvención fue esta, por cierto, para lo cual la autorizaba su calidad de madre, y que nos revela la vehemencia suma del dolor que experimentó san José, a quien María llama por esto con el tierno nombre de padre. ¡Oh corazón paternal de mi señor san José! ¡Cómo exclamarías en esta ocasión con el profeta: “A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos, oh buen Jesús, llenaron de alegría a mi alma”! Llorábate perdido, hijo mío Jesús, maltratado, ignominiosamente muerto, y te hallo en el templo honrado y admirado de los doctores, dándoles vida con tu doctrina celestial... Aprende, oh devoto del Santo, la diligencia con que debes buscar a Jesús, si por desgracia le pierdes por el pecado. No le busques donde le perdiste, esto es, en el bullicio del mundo; no en medio de amigos y parientes; sino en el retiro y soledad del templo, en el recogimiento de la oración, en el sosiego del santuario. Aquí se manifestará a tu alma, será tu Jesús, que llenará los senos inmensos de tu corazón... ¡Oh mi Jesús, a quien tantas veces he arrojado de mi alma por el pecado, ven y abrázame con tu gracia, y muera yo en tu amor!

Punto tercero. Saca por fruto de esta meditación, el imitar al divino Jesús en la conducta que observó con sus padres. Aunque Jesús aprobó en su interior la reconvención que le dio su Madre, nacida del tierno amor que le profesaba, para nuestro ejemplo, repuso gravemente: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en los negocios que conciernen a mi Padre celestial?”... ¡Qué lección encierran estas divinas palabras para tantas almas débiles y contemporizadoras, que no reparan en faltar a su conciencia y resistir a la vocación del cielo por no malquistarse con el mundo, por no romper con una amistad! ¡Ay dolor! Para todos se guardan atenciones menos para nuestro Dios: se teme incurrir en el desagrado de las criaturas, y no se teme discontentar a Dios: la gratitud nos obliga, la buena cortesía nos sujeta a mil descortesías e ingratitudes con nuestro primer amigo y principal bienhechor. ¿Y por qué todo esto? Porque nos olvidamos de que la primera ley, superior a todo, que debemos observar, es la gloria de Dios cumpliendo su santa voluntad... ¿Lo exige la divina gloria? ¿Cumpliréis la voluntad de Dios? Romped cualquier vínculo, renunciad a vuestra casa y comodidades, a vuestros padres terrenos, para seguir el llamamiento del Padre celestial. “Pisad por ellos, si se oponen a vuestro paso al cumplir este máximo deber”, dice san Jerónimo... Primero Dios que todo, porque debemos más a Él que a nadie. La primera gratitud, la primera obediencia, la

primera atención para Dios; y en tanto guardaremos ley a los demás en cuanto no se opongan a la del Señor... Húndase el mundo antes que descontentar a mi Dios; húndase todo antes que ofender a Dios. Su gloria y el cumplimiento de su voluntad santa serán la norma de mi conducta, mi alimento, mi vida... ¡Oh Jesús, María y José!, dadme esta gracia de vivir y morir cumpliendo vuestra santísima voluntad. Amén.

Ejemplo

Una persona inocente y muy cristiana fue condenada a diez años de prisión por la acusación de un supuesto crimen.

Con el mayor desconsuelo y amargura sufría esta deshonra sin que tuviese esperanza de verse libre de su prisión, después de haber apelado de la sentencia condenatoria y acudido a personas distinguidas y de influencia para que se interesasen por su inocencia, y con su valimiento le consiguieran la libertad.

Cuantas gestiones se practicaron fueron inútiles, así es que no pensaba ya el pobre cautivo sino en que transcurriesen los diez años de su pena, que por cierto se le hacían muy largos y pesados. Su familia le escribió que se encomendase a san José, asegurándole que él le libraría pronto de la cárcel.

Muchas oraciones se dirigieron a este santo patriarca, y después de tres años de prisión, y cuando menos podía figurárselo le fue concedida la gracia por tanto tiempo solicitada en obsequio a la intervención de una persona desconocida, cuyo nombre nunca pudo averiguarse.

El infortunado prisionero, al recibir la noticia de su inesperada libertad, con los ojos bañados en lágrimas exclamó: *San José ha sido mi poderoso abogado.*

Si así ayuda san José a sus devotos para alcanzarles la libertad temporal, ¿cuánto mejor trabajará para libertar al alma de la esclavitud del pecado, que es la muerte eterna? Pecadores todos, acudid a san José, y romperá las cadenas del pecado que os hacen desdichados.

Oración final, etc.

*Día nono*⁸

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la hora de la muerte

Punto primero. Considera, devoto del santo patriarca, los afectos encontrados que en el pecho de san José brotarían en su última agonía. Para los santos el morir es comenzar a vivir para siempre, dice la seráfica Doctora santa Teresa de Jesús, que moría porque no moría, deseando con el apóstol estar con Cristo libre de las ataduras de este cuerpo mortal. Mas para nuestro Santo no era así... Vivía en compañía de Jesús y de María, disfrutaba de su trato y conversación, y nada le faltaba por desear. ¿Qué hay para mí en el cielo, exclamaba san José, y qué puedo apetecer yo sobre la tierra, teniéndolos a Vos, Jesús mío, Dios de mi corazón y mi porción y mi gozo perfecto?... Mas debía cumplirse la voluntad de Dios y privarse por algún tiempo de la presencia corporal de Jesús y María; y san José, modelo perfectísimo de obediencia, se resigna a la voluntad de Dios, y exclama: “Señor, ved aquí a vuestro esclavo, haced en mí según

⁸ Se empieza como el día primero.

vuestro beneplácito”... Esta disposición del alma resignada a la voluntad de Dios es la primera condición que necesitas, devoto de san José, para que te sea dulce la muerte... Cuando, alma mía, beberás este amargo cáliz ¿será con el amor y conformidad de san José?, ¿imitarás tan bello ejemplo?... Aprende a vivir bien y sabrás, como el Santo, morir santamente... La muerte es el eco de la vida.

Punto segundo. Considera los últimos momentos de la vida preciosa de tu señor y padre san José, y no podrás menos de envidiar su suerte, y cobrarle especial devoción. Mírale postrado en el lecho del dolor pobrísimo y aseado. María y Jesús están a su lado... Límpiale María el sudor. La mano izquierda de Jesús sírvele de almohada, y con la derecha le abraza amorosamente. La cabeza del Santo bendito reclinada sobre su corazón divino, escucha con atento oído los latidos de su infinito amor... ¡Oh qué momentos de dolor y de gozo, de esperanza y de amor, para el corazón de san José! Pongálos en silencio... Por fin, resonó al oído de su alma la voz de su Amado que le decía: “Sal de este mundo, padre mío, marcha a consolar a los justos, que me esperan en el seno de Abraham, anunciándoles mi próximo triunfo de la muerte y del infierno”. “Voy, oh mi Jesús y María”, murmuró quedamente san José, y se durmió dulcemente el santo anciano en los brazos de Dios Hijo para despertar en los de Dios Padre. Se extinguió acá en la tierra aquella olorosa llama, para arder con balsámico perfume eternamente en el cielo... Así mueren los justos... Contéplale todavía muerto: todo en él convida a amarle y a amar la virtud. La sonrisa se ha quedado impresa en sus labios. Su frente irradia majestad. Duerme plácido sueño san José, esperando en paz oír otra vez la voz de su adorado Jesús, para despertar en la mansión de los bienaventurados... Así mueren los justos... Su último suspiro es una aspiración de amor; las palabras últimas Jesús y María... ¡Oh muerte dichosa!, ¡y quién te pudiese obtener!... ¡Oh santo mío, mi verdadero padre y señor san José! Alcánzame de Jesús y María que no saben negarte cosa alguna, la gracia de morir asistido por ellos, y repitiendo con amor y confianza los nombres dulcísimos de Jesús, María y José.

Punto tercero. Reflexiona, devoto del santo, cuál sería tu muerte si en este momento te llamase a cuentas el Señor. Tres cosas hacen dulce la muerte del justo: su pasado, su presente y lo porvenir. Pondera si estas tres cosas serían para ti de consuelo o de tormento... ¿Qué has hecho hasta aquí?, ¿en qué has empleado el tiempo, la salud, el talento, la hermosura, las riquezas? ¿Cómo has correspondido a las inspiraciones del cielo, a las gracias innumerables con que te ha favorecido el Señor?... ¿No es verdad que de todo has abusado? ¿Y tu conciencia nada te remuerde?... ¿Has confesado bien tus pecados? ¿Has llorado y hecho penitencia por los extravíos de tu juventud?... ¿Has agradecido a Dios sus beneficios?... Quizás nunca has hecho bien un acto de contrición, ni sabes qué cosa es un verdadero propósito, ni te has parado a dar gracias a tu Dios por tantos bienes... ¿Qué mucho pues, que el recuerdo de la muerte sea para ti espantable? ¡Cuánto es de temer que la agonía sea para ti terrible! Piensa, pues, seriamente sobre tu vida; haz una buena confesión, haz penitencia, enmiéndate y prepárate con tiempo para aquel trance único irreparable. Mira que Dios te concede estos momentos para que hagas penitencia... Acude a san José; ten confianza en su protección, y no temas la muerte, porque será, como la suya, la muerte de los justos. Él es abogado de los moribundos, porque experimentó mejor que ninguno de los mortales las angustias que causa la separación del alma del cuerpo, la ausencia de las

personas que amamos. Ten confianza ilimitada, pues, en su eficaz patrocinio... Ningún devoto de san José tiene mala muerte: todos los devotos de san José mueren santamente; sus verdaderos devotos exclaman en aquel amargo trance: ¡Nunca pensé ser cosa tan dulce el morir! Porque si los amigos se conocen en los apuros, san José acudirá a tu lado para salvarte en aquel supremo peligro... ¡Oh Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi agonía! ¡Oh Jesús, José y María, recibid cuando yo muera el alma mía! ¡Oh Jesús, José y María, venid en ayuda del que en vosotros confía! Amén.

Ejemplo

En el noviciado de padres Jesuitas en Chiesi (Piamonte), vivía un joven hermano coadjutor, llamado Domingo Romi, que se distinguía notablemente por su confianza sin límites en san José y por su fidelidad en imitar las virtudes de este excelso patriarca. La piedad de este devoto siervo de san José brilló particularmente en sus últimos momentos. Atacado de una enfermedad mortal, hacía cerca de dos meses que sufría los más intolerables dolores con una paciencia heroica, con la frente siempre serena y la sonrisa en los labios. A medida que su fin se acercaba, sus fervorosas aspiraciones a Jesús, María y José eran más y más ardientes. La noche que precedió a su santa muerte, su fervor era grande; de repente, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama, y levantando las manos al cielo, exclamó con grandes transportes de alegría: “Hermanos, arrodillaos todos; aquí está María con san José; dirijámonos a ellos con filial confianza”. Y después de haber rogado con fervor por los que tanto quería, se desmayó sobre su lecho y entregó su alma a Dios con una paz celestial el día 10 de diciembre de 1828. Amemos a san José, y tendremos igual dicha.

Oración final, etc.

GOZOS DEL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

Pues sois santo sin igual,
y de Dios el más honrado:
sed, José, nuestro abogado
en esta vida mortal.

Antes que hubieseis nacido,
ya fuisteis santificado,
y *ab aeterno* destinado
para ser favorecido:
nacisteis de esclarecido
linaje y sangre real: etc.

Vuestra vida fue tan pura,
que en todo sois sin segundo,
después de María el mundo
no vio más santa criatura;
y así fue vuestra ventura
entre todos sin igual: etc.

Vuestra santidad declara

aquel caso soberano,
cuando en vuestra santa mano
floreció la seca vara,
y porque nadie dudara,
hizo el cielo esta señal: etc.

A vista de este portento,
todo el mundo os respetaba,
y parabienes os daba
con alegría y contento;
publicando el casamiento
con la Reina celestial: etc.

Con júbilo recibisteis
a María por esposa,
Virgen pura, santa, hermosa
con la cual feliz vivisteis;
y por ella conseguisteis
dones y luz celestial: etc.

Oficio de carpintero
ejercitasteis en vida,
para ganar la comida
a Jesús, Dios verdadero,
y a vuestra esposa y lucero,
compañera virginal: etc.

Vos y Dios con tierno amor
daba el uno al otro vida;
vos a Él con la comida,
y Él a vos con su sabor;
vos le disteis el sudor,
y Él os dio vida inmortal: etc.

Vos fuisteis la concha fina,
en donde con entereza
se conservó la pureza
de aquella perla divina,
vuestra esposa y madre digna,
la que nos sacó del mal: etc.

Cuando la visteis preñada,
fue grande vuestra tristeza;
sin condenar su pureza,
tratabais vuestra jornada;
estorbola la embajada
de aquel nuncio celestial: etc.

No tengáis, oh José, espanto,
el paraninfo decía,
lo que ha nacido en María
es del Espíritu Santo;
vuestro consuelo fue tanto,
cual pedía caso tal: etc.

Vos sois el hombre primero
que visteis a Dios nacido;
en vuestros brazos dormido
tuvisteis aquel lucero;
siendo vos el tesorero
de aquel inmenso caudal: etc.

Por treinta años nos guardasteis
aquel tesoro infinito
en Judea y en Egipto
a donde le retirasteis;
entero nos conservasteis
aquel rico mineral: etc.

Cuidado, cuando perdido,
os causó y gran sentimiento,
que se os volvió en contento
del cielo restituido;
de quien siempre obedecido
sois con amor filial: etc.

A vuestra muerte dichosa
estuvo siempre con vos
el mismo humanado Dios
con María vuestra esposa;
y para ser más gloriosa
vino un coro angelical: etc.

Con Cristo resucitasteis
en cuerpo y alma glorioso,
y a los cielos victorioso
vuestro Rey acompañasteis;
a su derecha os sentasteis,
haciendo coro especial: etc.

Allá estáis como abogado
de todos los pecadores,
alcanzando mil favores
al que os llama atribulado;

ninguno desconsolado
salió de este tribunal: etc.

Los avisos que leemos
de Teresa nuestra Madre,
por abogado y por padre
nos exhortan que os tomemos:
el alma y cuerpo sabemos
que libráis de todo mal: etc.

Pues sois santo sin igual,
y de Dios el más honrado:
sed, José, nuestro abogado
en esta vida mortal.

V. Ora pro nobis, sancte Joseph.

R. Ut dimittantur nobis peccata nostra.

Oremus

Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi, quaesumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod
possibilitas nostra non obtinent, ejus nobis intercessione donetur. Qui vivis et regnas in
saecula saeculorum. Amen.

CÁNTICO-PLÉGARIA DE LOS NIÑOS A SAN JOSÉ

CORO

*A Jesús nuestro hermanito,
Haced le amemos con fe,
Y muramos en sus brazos
Padre nuestro san José.*

Cuando Jesús sobre pajas
En el establo lloraba,
Su buen padre cariñoso
Mil tiernos besos le daba.
¡Oh José! cuando nosotros
Tristes lloremos también,
Atended a nuestro llanto:
Consoladnos, nuestro bien.

A Jesús, etc.

Blanda y dulce era la cuna
De Jesús en Nazaret:
Era el seno de su Madre
Y el corazón de José.
Haced, pues, varón piadoso,
Que tengamos cama igual;
Tomadnos en vuestros brazos,
Dadnos sueño celestial.

A Jesús, etc.

José y María indigentes
Para vivir trabajaban;
Jesús guardaba silencio,
Y en su obra les ayudaba.
Así bien nuestro trabajo
Silencioso debe ser:
Haced, José, que no hablemos
Sino cuando es menester.

A Jesús, etc.

Cuando pide alguna gracia
José a su hijito y Señor,
Al instante le obedece
El infante con amor.
Plegue a vos, padre y maestro,
Alcanzarnos la virtud
Bella, santa, de obediencia,
Cual la ejercía Jesús.

A Jesús, etc.

De virtudes llega a ser
Jesús perfecto modelo
Al lado del varón justo
Cuyo amparo le dio el cielo.
¡Oh José! que vuestra mano
Nos dirija siempre al bien,
Y para nunca ofenderos
Sed siempre nuestro sostén.

A Jesús, etc.

Con Jesús su Madre estaba,
Que amabais vos tiernamente:

Haced, pues, que siempre amada
De todos sea igualmente.
Que nuestra infancia progrese
Con la edad en la virtud;
Que crezca en sabiduría,
Como crecía Jesús.

A Jesús, etc.

EJERCICIO DE LOS SIETE DOMINGOS

al que concedió nuestro santísimo padre Pío IX indulgencia plenaria en cada uno de ellos, confesando y comulgando y rogando a la intención de Su Santidad

Se empieza con la señal de la cruz y oración preparatoria como se halla al principio de la novena, y luego se leerá con pausa y meditará por algún espacio de tiempo el primer dolor y gozo, como se halla en el segundo día de la novena; el segundo domingo la meditación del tercer día, y así siguiendo en los domingos consecutivos.

Al final de todos los domingos se rezarán los siete dolores y gozos que ponemos a continuación.

Primer dolor y gozo

¡Oh esposo purísimo de María, glorioso san José! así como fue grande la angustia de vuestro corazón en la perplejidad sobre abandonar a vuestra inmaculada esposa; así fue grande también vuestro gozo al saber por el ángel el misterio inefable de la Encarnación.

Por este dolor y por este gozo os suplicamos que consoléis a nuestra alma, ahora con una santa vida, y en la hora extrema con morir santamente en medio de Jesús y de María.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Segundo dolor y gozo

¡Oh felicísimo patriarca, escogido por Dios para servir de padre al Verbo de Dios hecho hombre! Grande fue el dolor que sentisteis al ver nacer en tan extrema pobreza al Niño Jesús, y grande también vuestro gozo al veros en medio de un ejército de ángeles, que con su presencia y celestiales cánticos convirtieron en paraíso la miseria del lugar y la crudeza y tinieblas de aquella noche en que empezó la redención del mundo.

Os suplicamos por este dolor y por este gozo, que después de esta vida pasemos a oír las alabanzas que dan a Dios los ángeles, y gozar de los resplandores de la gloria celestial.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Tercer dolor y gozo

¡Oh ejecutor obedientísimo de la ley de Dios, glorioso san José! La sangre preciosísima que en la circuncisión derramó Jesús, os traspasó el corazón; pero remedió este dolor el consuelo que sentisteis al llamar al Niño con el nombre dulcísimo de Jesús.

Por este dolor y por este gozo os suplicamos nos alcancéis la gracia de que, corregidos en vida de nuestros vicios, amemos a Jesús, para que grabando en nuestro corazón tan dulce nombre, tengamos la dicha de morir pronunciándole.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Cuarto dolor y gozo

¡Oh fidelísimo santo, glorioso san José, a quien Dios concedió tener parte en los misterios de la Redención! Si el anuncio que oísteis de los labios de Simeón sobre lo que habrían de padecer Jesús y María os afligió en gran manera, os consoló mucho más el saber que serían infinitas las almas que se habrían de salvar en virtud de sus padecimientos.

Alcanzadnos por este dolor y por este gozo que seamos del número de los que, por los méritos de Jesús e intercesión de María, hayan de resucitar gloriosos a la vida eterna.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Quinto dolor y gozo

¡Oh custodio vigilantísimo e íntimo del Hijo de Dios encarnado, glorioso san José! Mucho afán, mucha pena os ocasionó el cuidado de haber de sustentar al Hijo del Altísimo, principalmente en la huida a Egipto; pero también os consoló grandemente el tener al mismo Dios en vuestros brazos, y ver caer en su presencia los ídolos de Egipto.

Os suplicamos, por este dolor y por este gozo, que alejando de nosotros al tirano infernal, sobre todo huyendo de las ocasiones peligrosas, caigan de nuestro corazón los ídolos de los afectos terrenos, para que no perteneciendo sino a Jesús y María vivamos con ellos, para morir santamente con ellos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Sexto dolor y gozo

¡Oh ángel de la tierra, glorioso san José, que admirasteis al Rey del cielo obediente y sujeto a una señal vuestra! Si el consuelo que tuvisteis al recibir del ángel la orden de sacar a Jesús de Egipto, lo enturbió la noticia de que reinaba Arquelao en lugar de Herodes; asegurado no obstante por el ángel, arribasteis gozoso con Jesús y María a Nazaret.

Por este dolor y por este gozo os rogamos nos alcancéis que libre nuestro corazón de temores nocivos, con tranquilidad de espíritu vivamos con Jesús y María, y con ambos también muramos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Séptimo dolor y gozo

¡Oh modelo de toda santidad, glorioso san José! Si perdisteis, y no por culpa vuestra, al divino Niño Jesús, añadiéndose a tal dolor la angustia de no encontrarle en tres días; tuvisteis al fin el consuelo inefable de hallarle en el templo honrado y admirado de los doctores.

Por este dolor y por este gozo os suplicamos con todas las veras de nuestro corazón que intercedáis para que jamás perdamos a Jesús por culpa grave; y que si tuviésemos tal desgracia, le busquemos sin descanso hasta encontrarle, y especialmente en el artículo de la muerte, para pasar a gozar de Él en el cielo, donde con vos podamos cantar eternamente las misericordias del Señor.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Antífona. Ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur Filius Joseph.

V. Ora pro nobis, sancte Joseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus

Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimae Genitricis tuae Sponsum eligere dignatus es; praesta, quaesumus, ut quem protectorem veneramus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum.

R. Amen.

DOLORES Y GOZOS DE SAN JOSÉ

1º.

José contempla a María
después de la Encarnación,
y ¡ay! siente su corazón
inexplicable agonía.
Mas del celestial imperio
baja un ángel y consuela
a José, pues le revela
el inefable misterio.

2º.

A su tierno Jesús ve
nacer en suma pobreza;
tanto dolor y aspereza
le parte el alma a José.
Mas ¡qué gran satisfacción
viendo al Niño entre esplendores
recibir de los pastores
y reyes adoración!

3º.

El Niño es circuncidado
y la sangre que ya vierte
a José aflige de suerte
que llora desconsolado.
Mas ¡oh placer sin igual
cuando un ángel del Señor
llama *Jesús, Salvador*
a ese infante celestial!

4º.

Simeón ¡ay! profetiza
de Jesús pasión y muerte,
y es su voz espada fuerte
que a José le martiriza.
Mas luego anuncia Simeón,
la resurrección dichosa,
y de júbilo rebosa
de José el corazón.

5º.

¡Qué dolor José no siente
así que un ángel le avisa
que a Egipto marche con prisa
por salvar su Hijo inocente!
Pero ¡qué inmensa alegría
al librarle por su mano
del implacable tirano
que cruel le perseguía!

6º.

Del cielo oyendo la voz
José a Nazaret camina:
en su pecho nueva espina
clava Arquelao feroz.
Pero un ángel se aparece
que con suavísimo acento
le infunde valor y aliento,
y su inquietud desvanece.

7º.

Al que es su luz y consuelo
el patriarca ha perdido,
y pierde casi el sentido
presa de profundo duelo.
Pero cual tras noche oscura
más brilla el vivo arbol
goza José al ver el sol
de su gloria y su ventura.

J. A. y A.

HIMNO A SAN JOSÉ

CORO

Que resuene del templo en la nave,
Impregnado de amor y de fe,
Nuevo canto, que nunca se acabe,

En loor del excelso José.

I

De justicia y de gracia tesoro,
A los ojos del mundo escondido,
Resplandece José, escogido
Para gloria y grandeza sin fin.

Si la tierra no siente el perfume
De esta flor que se oculta en la grama,
Ya del cielo en la luz se derrama
Y es delicia del sacro confín.

II

En sus manos la vara florece,
Y en su pecho el consuelo rebosa,
Pues el cielo le da por esposa
A María, doncella sin par.

No hay alteza ¡oh José! que a la tuya
Inefable, se acerque de lejos;
De tu gloria los vivos reflejos
Ni aún al ángel le es dado mirar.

III

De los cielos la blanca paloma,
La más pura y gentil de las flores,
La que es tálamo de eternos amores,
“Dulce esposo” ya llama a José.

Y José, que asombrado conoce,
El tesoro que Dios le confía
En su Virgen esposa María
El sagrario de Dios solo ve.

IV

De la Virgen el seno da al mundo
Lo más rico que el cielo atesora,
Y José prosternándose adora

A su Dios, su alegría, su bien.

De María su esposa Él es Hijo,
Y si es ella purísima Madre,
Es José el castísimo padre
De la flor que brotara en Belén.

V

Cual dorado racimo en la cepa,
Jesús suelta suavísimos lazos
De dulzura y amor en los brazos
Del varón en virtud sin igual.

Este encuentra su gloria colmada
Su deleite y suprema delicia
En el Hijo a quien tierno acaricia
Con ternura y amor paternal.

VI

Providencia es divina, en la tierra,
De quien forma la gloria en el cielo,
José es luz y sostén en el suelo
Del que sabe los mundos regir.

A la voz de José lo más alto
De los cielos y tierra obedece;
Su poder que sin límites crece,
Ni hombre ni ángel lo pueden medir.

VII

Rendid, pueblos, ciudades, naciones,
Entusiasta y debido homenaje,
Prestad dulce y filial vasallaje
De la Iglesia al insigne patrón.

Al que fue de la Sacra Familia
Jefe augusto, levanten las manos
Con fervor los hogares cristianos,
Y obtendrán eficaz protección.

VIII

¡Oh José, cuyo nombre querido
Aún conmueve y de amor embelesa
A la patria de santa Teresa
Que tu apóstol más ínclito fue!

No deseches las lágrimas tristes
Con que unguimos las preces filiales:
¡Salva a España de todos sus males!
¡Salva a España, señor san José!

J. A. y A.

A. M. D. G.